

ANTROPOLOGIA Y LITERATURA

• Rafael Romano **MAINENTE: EL VIENTO DEL PONIENTE Y OTROS CUENTOS.** Librería Huemul, Buenos Aires, 1970, 150 pp.

ESCRIBIR, como si fuera desde dentro, acerca de una sociedad exótica —en este caso indígena o mestiza de América Central— lejana en el espacio y en el tiempo, es empresa excusable como entusiasmo de espectador, aunque no muy factible como compenetración de creador. El autor se viste con atuendos que sabemos que conoce, los acumula y ordena en torno a hechos casi siempre punzantes, no pocas veces de auténtica dimensión humana. Alude pródigamente a rituales y a modos de sentir y actuar de un primitivismo que, sin embargo, no llegan siempre a caracterizar muy definitivamente la localización a que apunta. Su estilo entrecortado, propenso a la frase elíptica, a la supresión de verbos y de transiciones, persigue la intensidad y la trascendencia, pero no logra en general una expresión coherente. La lectura se vuelve trabajosa, ante la necesidad de ir integrando un material al que sobresalta, además, una puntuación continuamente fuera de lugar. Las comas, en especial, nos interceptan en los lugares más inesperados, sin que se vislumbren diseños estilísticos que puedan justificarlo. A lo que hay que agregar otros descuidos, como el muy original de adscribir a la palabra "shuto" una llamada, acelerándose al pie de página: "(1) Shuto. Excediente —permítasenos esta broma— de sugerencia impresionante: «shuto», quiere decir exactamente «shuto»: el significado llegó al fin a coincidir con el significante, como si hubiéramos llegado a la palabra-muro, a la palabra que ya no puede remitir más allá de sí misma".

El autor, a pesar de las rigideces y discontinuidades de su estilo, logra empero comunicar muchas veces una experiencia de fuerte y cruda elementalidad. Acoman así presencias humanas que, a favor de situaciones límites no siempre bien definidas, llegan a infundir una tensa emoción a los relatos. El monólogo de Moctezuma ante la muerte, valga el ejemplo tal vez más notable, da lugar así a un relato de verdadera intensidad. Queda en resumen la sensación de que el autor logra más como sentidor y conocedor que como literato, y que sus cuentos requerirían una refacción que los sitúe a la altura de lo que solamente insinúan como posibilidad.

El libro aparece encabezado por unas "Palabras acaso innecesarias" de Walter González Peña, palabras que

Viernes 30 de julio de 1971

se colocan así en la obligación de contestar con otras cuya falta de necesidad esté tal vez elevada al estándar. Arremete el prologuista con pluma levantada contra "ciertos literatos (que) no son sino la escoria de un saber inmaduro al servicio de la frustración y del mercado", especificando líneas después que se trata de "comentaristas de páginas semanales el asalto del mercado", atentos solamente a editoriales amigas. Atribuye además a dichos asaltantes un "análisis destructivo al margen de todo rigor metafísico", y el "culto del blum, del best seller y de todo oportunismo detonante y cuantificado para traficar con lo efímero". Informa además que Romano es uruguayo, pero que publica en la Argentina por culpa de esos "fallos profetas de la literatura".

Es una verdadera lástima que el prologuista haya perdido una tan buena oportunidad de utilizar ese rigor que sea dicho de paso, encarece con tan poco rigor. Cuando un insulto es primicia, cabe al menos esperar, descartado todo afán "destructivo", alguna argumentación que lo convierta en consecuencia inevitable de alguna realidad concreta. De otra manera, sólo pone en evidencia unos enigmáticos deseos de insultar. La ofensa al voleo, por otra parte no ayuda por cierto a promover el libro que prologa. Podríamos pensar que tal despliegue sea parte de lo que el prologuista denomina el "blum", dios ignoto al que estaríamos sirviendo con una inocencia que juramos es immaculada. No podemos dejar, por nuestra parte, de conceder nuestro más desinteresado visto bueno para que en él participen quienes quieran, sean o no amigos de la casa. En sí: inútil presentarse quien no sea efímero, no vaya a suceder que des-
cansa no quiera irse.

WASHINGTON LOCKHART